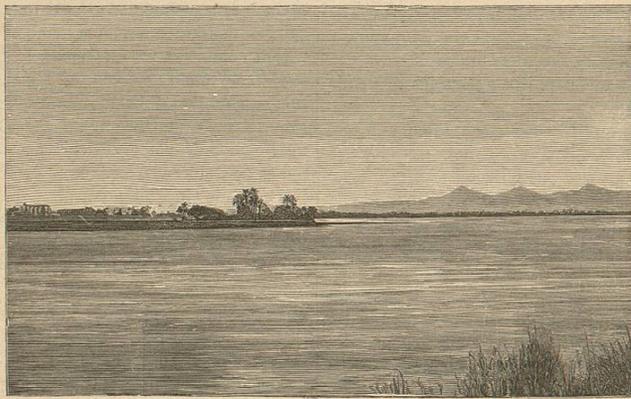


En un país que, como el valle del Nilo, posee un suelo fértil y tan admirablemente productivo, era seguro que la agricultura había de dar resultados excepcionales, creando uno de los principales elementos para la existencia de una población densa como la que muy pronto se diseminó por todo el país egipcio. Este país adquirió rápidamente un gran bienestar, y á su constante progreso contribuyó poderosamente el río que, facilitando por todas partes el tráfico, favoreció el desarrollo de la industria y del comercio. Al llegar á este punto, debemos hacer mención de la existencia de un sistema de medidas y pesas, en un principio muy sencillo, pero luego cada vez más complicado, y de una contabilidad que se desarrolló con rapidez suma y que tendió cada día más á la exactitud. La población, cada día más densa, que debía su bienestar principalmente al Nilo, se vió, por otra parte, obligada para asegurar este bienestar mismo á proteger incesantemente sus viviendas y el campo de qué se ali-



Vista de una isla del Nilo en el Alto Egipto y de la orilla oriental que enfrente de ella se extiende

tónicas que no han tenido rival ni aun en los modernos tiempos. — En un país donde, como en este, era de tanta importancia la posesión de terrenos, era preciso medir con sumo cuidado las parcelas de tierra de los habitantes de cada lugar, para fijar exactamente sus límites, y estos deslindes ó amojonamientos hubieron de hacerse por medio de mediciones y cálculos, para los cuales se requerían conocimientos geométricos, y tenían que repetirse constantemente, pues las inundaciones del río confundían muchas veces las demarca-

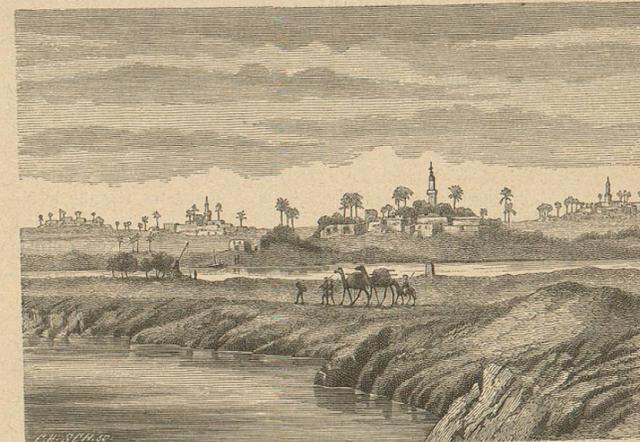
mènes célestes; Romieu: *Mémoire sur le calendrier vague* y *Lettres à Mr. Lepsius sur un decan du ciel égyptien*; Chabas: *Détermination d'une date certaine dans le règne d'un roi de l'ancien empire en Egypte*; Le Page Renouf: *Calendar of astronomical observations* en las *Transactions of the society of Biblical Archaeology*, vol. III, part. 2; el propio tema trata Gensler en *Las tablas tebánicas de la salida horal de las estrellas*; J. Lanth: *Les Zodiaques de Denderah*; Manethon y el *papyrus real de Turin*, y *Cronología egipcia basada en la serie completa de épocas*; C. Riel: *El año solar y de Sirio de los Ramésidas con el secreto de la interposición y el año de Julio César*; y J. Dümischen: *Inscripciones calendarias del antiguo Egipto*, en cuya obra en las tablas 1-40 están coleccionados muchos calendarios de fiestas grandes y pequeños de los monumentos tebanos y en las tablas 41-110 una serie de inscripciones que los antiguos egipcios pusieron parte en las capillas de los sepulcros en conmemoración de los difuntos, parte en el interior y en el exterior de los templos en honor de los dioses. En las tablas 36-40 de los *Resultados fotográficos de una expedición arqueológica* se encuentran las representaciones astronómicas de la cúpula del pronaos en el templo de Dendera, cuya explicación está en las págs. 26-32 del texto de la misma obra. Además hay una porción de artículos en la *Revista para el idioma egipcio*, años 1863-1877, de Lepsius, Brugsch, E. de Rougé, Chabas, Romieu, Birch, Goodwin y otros egiptólogos.

mentaba contra las inundaciones anuales del río que rebasaban sus orillas. Entonces fué preciso asegurar los parajes habitados por medio de elevaciones artificiales y de diques contra las invasoras aguas y poner gran atención en la conveniencia de construir y conservar fuertes murallas en las orillas y una red de canales con muchas ramificaciones. Esta última tomó muy pronto mayores proporciones, pues con el aumento constante de la población era preciso llevar lo más lejos posible las vivificadoras aguas del río para conquistar nuevos terrenos cultivables en los puntos á que ellas alcanzaban. La consecuencia natural de este trabajo que imponían las condiciones del país fué que con él se desarrolló cada día más la afición á edificar en aquella población; y estas primeras construcciones hidráulicas de los antiguos egipcios fueron principalmente las que robustecieron aquel sentimiento constructor que llegó á atreverse en definitiva á resolver los problemas más difíciles y que produjo creaciones arquitect-

ciones limítrofes señaladas. — Estos constantes cuidados que exigían la defensa de la propiedad y el deseo de sacar de esta el mayor provecho posible, dieron origen á trabajos de las más diversas especies para cuya realización no bastaba una destreza simplemente industrial ni puramente técnica. Todas estas obras realizadas para atender al bienestar general ó al provecho del individuo y — como sucedía especialmente en los templos y en los sepulcros — para venerar á los dioses, honrar á los reyes considerados como seres divinos y perpetuar la memoria de los muertos, solo pudieron ser concebidas y ejecutadas cuando hubo unidad de acción y suponen la preexistencia de una organización, de una dirección, de un jefe y de subordinados y sumisos auxiliares y servidores, obediencia que necesariamente hubo de prestarse á aquellos que poseían conocimientos bastantes para dirigir á los demás. — La bienhechora ciencia en los orígenes de los pueblos está envuelta en un profundo misterio y tiene las más de las veces un carácter religioso; de suerte que está representada por la persona del sacerdote que es objeto de profunda veneración. Mas que en ninguna otra parte sucedía esto en Egipto. Todas las instituciones políticas y las relaciones civiles, las costumbres y la ley, la ciencia y el arte estaban allí en relación íntima con la religión y por ella tan influidas, que no encontramos un ejemplo análogo en ninguno de los pueblos de la antigüedad. En Egipto fué donde se reconoció por vez primera, con aplicación útil y práctica, que la religión encerraba un poder que hacía mover y dominaba al hombre; que los infinitos y diversos rayos del sol del ideal

se concentraban para la inmensa mayoría en el foco de la religión, y que la religión como gran descifradora de enigmas y gran consoladora que sabe satisfacer de un modo tan perfecto el impulso ideal que siente todo ser humano y que en unos aparece más vigoroso y en otros menos, ofrecía el mejor fundamento para la moralidad de las masas, fundamento que podía servir de base para que un pueblo, unido ya por el mismo lenguaje, viniera, al adorar á un mismo dios y al abrigar iguales temores y esperanzas, á constituir una nación fuerte y robusta. Los hombres que, comprendiendo esto, atendieron con asiduos cuidados á la infancia de la religión, la educaron tan sistemáticamente y, una vez en pleno desarrollo, la hicieron residir en edificio magnífico, artísticamente construido y rodeado por los atractivos del misterio; aquellos grandes pensadores del valle del Nilo, que gozaban de fama universal y cuyo trato consideraban como útil los más esclarecidos sabios de la civilizada Grecia; aque-

llos hombres que en las más diversas esferas de la ciencia sentaron la piedra fundamental sobre la cual siguieron construyendo las posteriores generaciones; los hombres que, entre otras cosas, se ocuparon en la creación de un sistema religioso produciendo en esta esfera una obra colosal digna de admiración; aquellos hombres, los sacerdotes — como se les denomina poco científicamente, pues más bien se les debería llamar los sabios — eran en Egipto los más ilustrados del país, los únicos que tenían los conocimientos directores y por lo mismo los principales gobernantes. La suprema y más poderosa aristocracia era en Egipto la de la ciencia. Para demostrar la justificada fama de profunda y variada sabiduría de que gozaba la clase de sabios del antiguo Egipto en el extranjero y especialmente entre los griegos, dice Lepsius en su «Cronología de los egipcios»: «En una literatura rica y en los conocimientos que por ella se han ido adquiriendo de generación en generación, á manera de capi-



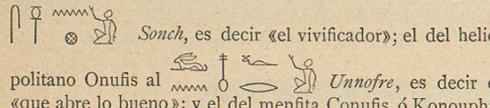
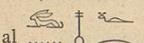
Comarca del Delta

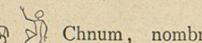
tal seguramente colocado, se fundó preferentemente en la antigüedad la fama generalmente extendida de la sabiduría egipcia, que nunca les disputaron los griegos, mucho más favorecidos por la naturaleza, obrando en esto con más justicia que muchos de nuestros actuales críticos que pretenden presentar al genio griego como un autodidacto desarrollado en medio de un páramo salvaje. Herodoto llama á los egipcios «los hombres en muchas cosas más instruidos de cuanto él había conocido, á quienes considera dignos de eterna memoria.» Cuando los eleos quisieron fundar sus juegos olímpicos, enviaron una embajada á los egipcios «por ser estos los más sabios de entre todos los hombres,» para pedirles su parecer y un buen consejo sobre este grandioso plan. La brillante pléyade de los hombres famosos que transmitieron á los griegos la sabiduría egipcia, comienza en los tiempos míticos. — Poco importa saber cuán fundadas pueden ser bajo el punto de vista histórico estas noticias. La tendencia general que respecto de este particular observamos en la leyenda demuestra mejor que lo hacen los detalles el reconocimiento antes y después propagado de la sabiduría egipcia: formar parte de aquella pléyade es ya una gloria. Egipto fué especialmente una alta escuela para la filosofía y para todo aquello que puede alcanzarse por medio de la ciencia y de la enseñanza; por esto vemos que filósofos, matemáticos, médicos é historiadores rivalizan en dirigirse á Egipto para estudiar durante algunos años bajo la dirección de

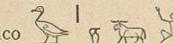
maestros egipcios. En Heliópolis, Estrabon pudo ver las casas que por espacio de trece años habitaron Platon y el matemático Eudoxo (1). El observatorio de Eudoxo, desde el cual observó ciertos movimientos de las estrellas y el Canobus, llevaba todavía su nombre en tiempo de Estrabon. Tales de Mileto estudió con los sacerdotes egipcios y, según expresamente se dice, no tuvo más maestros que ellos: allí aprendió la división del año en estaciones y en 365 días, como también la medición de los cuerpos altos, como las pirámides, por la sombra que en ciertas horas del día proyectan. Arquímedes inventó en Egipto su famoso tornillo cilíndrico que aplicó allí á los aparatos de riego. Pitágoras permaneció largo tiempo en Egipto, y todo cuanto sabemos acerca de las doctrinas de aquel hombre influyente concuerda con esta noticia. Los filósofos Anaxágoras, Demócrito, Esfero, el matemático Oinopides, el médico Crisipo, Alcayo y Eurípides cuentan asimismo en el número de los que visitaron el Egipto. Lo propio sabemos de Hecateo, Herodoto, Diodoro, Estrabon y algunos otros griegos famosos. — Todos estos hombres no solo quisieron conocer el Egipto como testigos oculares, sino que fueron allí para estudiar

(1) Acerca de los trece años que se dice que Eudoxo permaneció en Egipto, observa Lepsius: «Segun Dióg. Laert. (VII, 87), Eudoxo, en compañía del médico Crisipo, solo vivió allí un año y cuatro meses. Segun él también (VIII, 39), tradujo al griego algunos escritos egipcios, de los cuales hace mención Eratóstenes.»

con sus sabios sacerdotes algunos ramos de la ciencia. Así lo consignan algunos escritores que hacen mencion expresa de estos viajes de sabios griegos á Egipto. Los egipcios daban á esto tanta importancia que, según dice Diodoro (I, 96), los sacerdotes consignaban en sus anales estas visitas de griegos ilustres, y los más notables de entre ellos conocieron y nos nombran algunos maestros por sus nombres y sus orígenes. Estos nombres llevan un sello marcadamente egipcio y no ofrecen por lo tanto duda alguna sobre el particular. Plutarco llama al maestro de Solon Sonchis de Sais, al de Pitágoras Onufis de Heliópolis, y al de Eudoxo Conufis de Menfis: á estos añade Clemens el nombre del maestro de Platon, que era Secnufis. Todos estos nombres pueden ser fácilmente restituidos á su forma egipcia. (El nombre del sacerdote de Sais, Sonchis, se reduce al nombre jeroglífico

 *Sonch*, es decir «el vivificador»; el del heliopolitano Onufis al  *Unnofre*, es decir el «que abre lo bueno»; y el del menfita Conufis, ó Konouphis

como le llama Clemens, al  *Chnum*, nombre del dios *aries* de Elefantina que los griegos reproducen en el de Chnoumis y Knouphis; y el nombre del maestro de

Platon, Secnufis, se escribe en jeroglífico  *Sichnum* («hijo del Chnum»); cuatro nombres que, escritos de esta manera, encontramos con frecuencia en las inscripciones como nombres de antiguos personajes egipcios.) «Es evidente que en esta enseñanza se trataba de algo más que de un simbolismo ininteligible, de una mística lapidaria y de incoherentes quimeras, como con tanta frecuencia hasta hoy se ha creído. Una literatura rica y desde antiguo cultivada debía contener conocimientos reales y experimentos científicos: los grandes tesoros de aquella literatura fueron conocidos y envidiados mucho antes de la época de los Tolomeos: los persas de Artajerjes se apoderaron de una multitud de ellos que existían en los antiguos archivos de los templos y no los restituyeron sino mediante un fuerte rescate. Pero el contenido de estas preciosidades no fué más exacta y completamente conocido hasta que aparecieron las muchas traducciones que desde los tiempos de Tolomeo se hicieron para los griegos. Entre otros testimonios de ello, poseemos el notable de Estrabon, en que habla de los trece años de permanencia de Platon y de Eudoxo en Egipto. Estos sacerdotes, dice, eran expertos en astronomía, pero guardaban misteriosamente sus conocimientos y rara vez los comunicaban: solo con el tiempo, y á fuerza de cortesanas atenciones, consentían en manifestar algunos de sus aforismos, pero ocultaban á los bárbaros la mayor parte de ellos. Así juntaron la parte del día y de la noche que sobra de los 365 días para completar el año. El año completo fué desconocido para los griegos, como tantas otras cosas, hasta que los nuevos astrónomos lo supieron por las disertaciones de los sacerdotes traducidas al griego. Estos astrónomos hacen todavía referencia á los escritos de los egipcios y de los caldeos (1).»

De aquella clase de sabios, tan célebres en el extranjero por su ciencia y tan poderosos en su patria, dependían más ó menos los reyes de Egipto. Aun aquellos hombres que tuvieron la plenitud de poder que vemos conferido siempre y en todos los países á los príncipes de Oriente; aquellos que, como dice Diodoro, «fueron altamente venerados por los

(1) Para esta explicación que hace Lepsius acerca de la fundada fama de la antigua ciencia egipcia, véanse Herodoto, II, 77, 81, 91, 123, 143, 160, y VII, 94; Diodoro, I, 29, 44, 69, 96-98; V, 37; XVI, 51; Estrabon, XVII, pág. 806, y Plutarco: *De Is. et Osir.*, cap. 10.

egipcios y ante los cuales se prosternaban éstos como si fueran dioses» y que en efecto pretendieron en vida veneración divina, como lo demuestran centenares de dibujos y de inscripciones; aquellos poderosos señores del país se inclinaban ante el poder de los hombres que por su ciencia figuraban en primera fila, siendo educados por ellos, admitiéndolos en su compañía, recibiendo de sus manos la corona al hacerse cargo del gobierno, en medio de las solemnes ceremonias con las cuales consagraban los sacerdotes «al hijo del sol» como representante en la tierra del dios Horo y le daban la soberanía sobre el Alto y el Bajo Egipto. Este sentimiento de dependencia de los más instruidos y el cumplimiento de sus órdenes y mandatos, consecuencia natural de tal sentimiento; la constante necesidad de ejecutar, en interés común, grandes obras que exigían unidad de acción; el deseo que á todos, altos y bajos, animaba de atender, por cuantos medios estaban á su alcance, á su existencia y de dejar de sí una buena memoria; la confianza que todos tenían en la divinidad; el temor y la esperanza que todos abrigan ante la idea de un castigo y de una recompensa en el otro mundo; todo esto constituía un estrecho lazo de unión entre el rey y el pueblo, entre los poderosos y los débiles, entre los que por su ciencia tenían poder, dirección y mando, y los que confiaban en tales sabios y les obedecían. Por eso nacieron tempranamente en aquella región instituciones públicas bien ordenadas y relaciones políticas y jurídicas sólidas por las cuales los antiguos habitantes del valle del Nilo se distinguieron tan notablemente y se encontraron en condiciones de presentarse de una manera tan digna como brillante, en la escena de la historia universal como los primeros de entre los pueblos civilizados de la antigüedad.

El Egipto se nos presenta, pues, como el país en que por vez primera vemos las raíces y el rápido progreso de una civilización, y en el cual nos es dado seguir los diferentes estadios del humano desenvolvimiento. En Egipto, en cuyo clásico suelo se ofrecen hoy á menudo ante nuestros ojos, en un perímetro de pocas horas, los restos de las más distintas épocas civilizadas, confundidos por la acción de milenios de años, tenemos el teatro de la más antigua vida intelectual, la escena de las primeras épocas cultas de la antigüedad de tan grandiosa como remota existencia. Allí, como en ninguna otra parte, podemos seguir los trabajos realizados durante miles de años por el humano espíritu para alcanzar fines cada vez más elevados, y los caminos que ha seguido para llegar á éstos. Desde los Faraones, enterrados cuatro mil años antes de nuestra era en la necrópolis de la antigua Menfis, hasta los primeros soberanos que residieron en la metrópoli de Alejandría, ábrese á nuestros ojos, escrito en piedras y en papiros, el libro instructivo y auténtico de la vida y de las obras de los antiguos egipcios.

CAPITULO II

ANTIGUA DIVISION GEOGRÁFICA DEL EGIPTO

En el capítulo anterior, al hablar de la existencia que en otro tiempo se desarrolló en el bajo valle del Nilo, hemos tenido ocasión de hacer notar algunas cualidades salientes de los antiguos habitantes de dicho valle, tales como se manifiestan en sus instituciones políticas, en el trato de su vida civil, en las costumbres, en la ley, en las artes y en las ciencias. Como rasgo fundamental del modo de ser de los antiguos egipcios, hemos señalado el profundo respeto que profesaban á la ley existente, su extraordinario apego al orden de cosas que por la antigüedad les había sido transmitido y el sentimiento de la regularidad que se nos aparece en lo rela-

tivo á la forma exterior, manifestado en la mayor parte de sus monumentos por sus constantes tendencias hácia la simetría. Esta cualidad del modo de ser de los antiguos egipcios se refleja también claramente en los templos que todavía se alzan hoy en el valle del Nilo, así por lo que se refiere á su arquitectura, como por lo que toca á los adornos que en forma de dibujos y de inscripciones encontramos en cada una de sus partes. Así como el arquitecto al distribuir el edificio, al fijar la sucesión de los distintos espacios, desde el vestíbulo hasta el santuario, se veía obligado á seguir antiguos preceptos, de los cuales no le era dado apartarse; del mismo modo se prescribía al artista encargado de esculpir los adornos de qué manera y en qué lugar de las paredes del templo había de ser tratado tal ó cual tema. Para aquellos dibujos é inscripciones que se referían especialmente á la historia del Egipto, y sobre todo á las expediciones llevadas á cabo en el extranjero, se elegían, como sitio el más á propósito, las paredes exteriores del templo y sobre todo las fachadas de las puertas, que por sus dimensiones colosales eran propias para colosales descripciones. Las explicaciones geográficas tenían reservado su puesto en la sección inferior de las referidas paredes de los templos, á cosa de un metro de altura de su base. En las paredes que miraban al exterior y que se divisaban desde lejos y delante de las cuales podía situarse la plebe á quien estaba negada la entrada en el interior del templo, se veneraban, á la vista de todos, las hazañas realizadas, bajo la protección de la divinidad y en heroicas luchas contra el extranjero, por el soberano egipcio y por su pueblo. Como gigante entre enanos, sobresaliendo por encima de todos los combatientes, vemos representado al héroe lanzándose —en compañía de su cocheró ó teniendo en sus manos las riendas de los caballos de su carro— en medio de las filas enemigas, ó persiguiendo á los fugitivos, ó disparándoles sus flechas, ó llevando con su dardo, lanza, espada ó hacha el espanto y la muerte á su alrededor. En otro lugar, se representan la marcha de las tropas egipcias ó el sitio de una fortaleza dirigido por el rey, ó contemplamos el cuadro de una batalla de atrevida concepción y de ejecución esmerada, que ora se libra en una comarca montañosa, ora en la orilla de un río y alguna vez en las costas del mar en varias embarcaciones. A derecha y á izquierda del portal que se abre entre las dos puertas, vemos por regla general representada la imagen colosal del Faraon formando, en representación simbólica, un haz con los enemigos por él vencidos: su mano izquierda sostiene este haz y su derecha levantada descarga el golpe de maza que ha de aniquilarlo. Junto á este dibujo, encima ó debajo de él, encontramos otro en que aparece el soberano egipcio recibiendo de la mano de su dios la espada de la victoria, mientras detrás de la imagen de Amon ó de Horo se alza la personificación de la ciudad capital Tebas, «la señora vencedora de ciudades», como se la denomina en las inscripciones, presentando al que regresa triunfante los pueblos y ciudades vencidos y formados en largas filas. En estos dibujos vemos acercarse al trono de su divino padre «al hijo del sol, al señor de la diadema, al rey que gobierna en el Alto y en el Bajo Egipto», es decir, á un Usertes ó á un Amenofis, á un Tutmosis ó á un Ramesces. El que ha regresado felizmente se dirige primeramente al templo de su dios para mostrar, por medio de preciosos presentes, su gratitud á aquel por orden del cual emprendió la campaña y á cuya protección debe la victoria. «Tú eres como el dios del sol, le dice, brillante como él te presentas á los vivientes. Tu espada de la victoria es poderosa para derrotar á los bárbaros. Gracias á tu fuerza, el Egipto se encuentra en una situación feliz. La fuerza del dios de la guerra, Muntu, se esparce por tus miembros. Tus intenciones son firmes y tus planes

se realizan tales como los ha concebido Amon. Firme es el trono de Egipto.» Con estas palabras, á las puertas del templo de Medinet-Abu, el príncipe heredero y dos de los más altos dignatarios del imperio saludan al rey Ramesces III, que regresa vencedor de una lucha contra una poderosa alianza de pueblos, y que contesta á este discurso diciendo: «Dirigid vuestras miradas á la inmensa gracia que Amon-Ra, el rey de los dioses, ha dispensado á la dinastía egipcia (1).»

Las hazañas realizadas por orden y bajo la protección divina en las luchas contra el extranjero por el soberano egipcio y sus valientes guerreros, y la acción de gracias á los dioses: tales son los asuntos que, variados en su ejecución, ostentan la mayor parte de los dibujos é inscripciones esculpidos en esta parte de las paredes de los templos egipcios. Así como en estos sitios nos son transmitidas las noticias geográficas que tenían los antiguos egipcios respecto del extranjero, en la sección inferior de las citadas paredes encontramos los conocimientos geográficos del propio país: á esta clase de dibujos y de inscripciones dedicaremos ahora nuestra principal atención. Digamos, sin embargo, antes algunas palabras acerca de la forma en que están representados estos datos geográficos. Así como en los dibujos astronómicos que adornan las bóvedas de los templos, las estrellas celestes, tales como fueron observadas por los antiguos egipcios, y las grandes y pequeñas divisiones del tiempo en meses, días y horas están representadas por hombres y mujeres, del mismo modo encontramos esta forma en la división geográfica del país. En su consecuencia, en la mayor parte de los grandes templos egipcios que aun se conservan, en sus paredes exteriores, en las de los vestíbulos y en algunos espacios del interior en la sección inferior de sus paredes hallamos largas filas de figuras que aportando ofrendas y dirigidas por un rey que también lleva la suya, caminan hácia la imagen de la divinidad principal del templo. Estas figuras unas veces son de hombres, otras de mujeres y otras presentan una forma hermafrodita parecida á la que personifica el Nilo. En los templos más antiguos, como por ejemplo en Abydos ó en Karnak, las personas que vienen después del rey están representadas de rodillas: todas estas figuras, á excepción de las de los reyes que van delante, llevan en la cabeza el signo jeroglífico , que representa un trozo de campo atravesado por canales, sobre el cual descansa un aparato sostenido por un palo y adornado con cintas que flotan , encima del cual se ve otro signo jeroglífico ó un grupo compuesto de varios signos, que es diferente en cada figura.

El mérito de Harris, tan conocido en el mundo científico por su rica colección de papiros, consiste en haber sido el primero que conoció el significado de estas figuras, tan importantes para la investigación geográfica, y explicó que eran personificación de los diferentes distritos egipcios y de sus subdivisiones. En su *Hieroglyphical standards representing places in Egypt supposed to be nomes and toparchies*, obra dada á luz en 1851, publica Harris por vez primera alguna de estas listas geográficas, sobre las cuales apenas se había fijado hasta entonces la atención y su explicación allí consignada ha sido plenamente confirmada por ulteriores investigaciones (2), de suerte que hoy no es posible dudar de su exactitud.

(1) Dumichen: *Inscripciones históricas*, I, tabla 17.

(2) H. Brugsch: *Geografía del antiguo Egipto*, en tres tomos. Leipzig, año 1857; J. C. Hinrichs y una serie de artículos geográficos publicados en la *Revista para el lenguaje egipcio*. Además la obra del mismo autor: *L'exode et les monuments égyptiens*, con un mapa del antiguo Bajo Egipto; y sobre todo su grandiosa obra reciente con los nombres geográficos de los monumentos egipcios colocados por orden alfabético: *Dictionnaire géographique de l'ancienne Egypte*, Leipzig, J. C. Hinrichs. — J. de Rougé: *Textes géographiques du temple d'Edfou* en la *Revue archéologique*, y *Monnaies des Nomes de l'Egypte*, Paris, 1875. — J. Dumichen: